

también le escocía ver cómo los demás gustaban de la vida á boca llena y bolsillo repleto. Y entretanto, D. Navigio recorría la minuta, cuando no mascaba, pensando juiciosamente que en el aprovechar de hoy está el consuelo de mañana.

A todo esto, no parecía Florita. ¡Qué atavío más complicado el suyo! ¿ó la lectura la distraía tanto, que se olvidaba de su estómago?

—Ya baja—repitió misia Loreto,—no sé por qué se demora tanto.

—Faltan dos números del programa—observó el doctor Soto,—la legumbre y los postres.

—Poco la queda entonces—dijo D. Valentín;—nada, que estas muchachas viven del aire, como los camaleones.

—Y hoy está atroz—confesó la madre,—con un cuarto de luna que promete. Voy á subir. El sobresalto me tiene en espinas. Hasta luego, Casuso.

—Yo la acompañaré á usted—saltó éste, arrojando la servilleta.

—Hasta luego—despidiólos D. Navigio; —¡feliz usted, amigo, á quien los hijos no interrumpen la comida!

La ruidosa acción de levantarse ambos provocó un movimiento de cabezas. Saliéron, pero no pasaron del pie de la escalera, al ver que Flora bajaba lentamente; la vieron y la desconocieron, lo mismo misia Loreto que D. Valentín, asombrados ambos y dudando si sería Flora ó no sería: porque estaba sin vestir, valga la expresión, sin componer, de acuerdo con las pragmáticas sociales y de la moda, nada más que con la falda de alpaca azul de diario, cuerpo alto negro, y el pelo á la diabla; ni un grano de polvo, ni una gota de carmín, ni un trazo de lápiz... Ni siquiera aquellos subterfugios de algodón con que la escualidez reemplaza lo que olvidó de rellenar natura, y la belleza quiere que redondo sea y prominente... Otra Flora, envejecida, feísima, una acólita del Ejército de Salvación, figurilla obscura y humilde que chocaba, que desdeñaba dentro de marco tan elegante.



Pasmada, misia Loreto se quedó sin habla. Y como Flora seguía bajando, pronto llegó á ellos, y su aproximación devolvió á la madre la palabra.

—¿Adónde vas, Florita? ¿por qué no te has vestido? ¿por qué te muestras así?

—¿Estoy desnuda, acaso? —exclamó la joven, mirándose la falda y palpándose asombrada el cuello,—¿me encuentra usted mal, Casuso?... ¡Ah! ya sé: es que mi pobre mamá se empeña en que he de ser joven y bonita, y debo andar vestida de rica, y la realidad la asusta. No, mamá de mi alma, *arrojar la cara importa...* y como no puedo arrojarla, me presento tal cual soy, y con presentarme así en el comedor, á nada falto.

—Faltas á las conveniencias—dijo misia Loreto, sofocada,—faltas á todo; ¿qué van á decir los amigos al verte con esa facha?

—¡La verdad!—contestó tranquilamente Flora,—que soy una facha; ¿no es cierto, Casusito? ¿no es cierto que usted no creía que fuera yo tan fea?

—Ea, tú estás loca; sube, sube.

—No contraría usted á su mamá—suplicó D. Valentín;—suba usted y acuéstese, que por lo que dicen sus ojos está con fiebre.

—Toque usted, Casusito, y tendrá la prueba de que mis ojos mienten ó los suyos no entienden lo que dicen. ¿A qué tanto asombro, tanta boca abierta delante de la verdad, si ante el engaño no se ha escandalizado nadie?

Reía, entregando su mano á D. Valentín para que se convenciera de que el pulso era normal; y él, aunque de la ciencia de Hipócrates no sabía jota, pudo comprobar, sin embargo, al simple contacto, que parecía con calentura, y muy alta.

—¡Si estás abrasando!—exclamó misia Loreto palpándola con amoroso afán;—¡nada, nada, arriba!

—Suba usted—insistió D. Valentín.

—¡Dale! ¿y por qué he de subir? ¿de modo que se me arroja vergonzosamente y se me obliga á ocultarme, como un delincuente, de la vista de todos, porque no me he pues-



to los trapitos y los alfileres que impone la señora etiqueta? ¡Por Dios, mamá; por Dios, Casusito!

La porfía, prolongándose, dió tiempo á que los últimos números del programa culinario se ejecutaran hasta el fin, y los que no gustan de la sobremesa y prefieren el ejercicio ambulativo ó el tumbo á la bartola salieran del comedor y fueran testigos de aquella escena en que la Sotita figuraba como personaje principal y estrafalario, tan estrafalario que muchos no la reconocieron, tanto pueden el traje y el afeitado.

De los primeros en llegar se destacaron Gabinito y Rómulo, que, cigarro en mano, buscaban sitio libre donde el humo no molestara á las damas; y, con espanto de misia Loreto, antes de esconder Flora la cara desmedrada, distinta de la que acostumbraba á llevar, provocando el efecto del cambio que había mudado en otra persona la escurridita y atildada que conocían, les llamó para ofrecerles la mano y la dijieran si estaba ó no con fiebre.

—¿Verdad que no? se empeñan en mandarme á la cama, como á D. Basilio. *Don Basilio a la fevre...* Pues no, señor, insisto en que no.

Ambos se habían acercado y la tocaban, mirándola con extrañeza. Ella lo notó y soltó la risa.

—Qué, ¿no me reconocen ustedes? ¿se asustan también de la realidad? ¡ay, amigos míos, si esas mujercitas de París las vieran ustedes á la luz de la verdad! ¿qué digo sólo las de París?... ¡Cuidado con el engaño, señores! hay que mirar el alma y no la cara... ¡Adiós, Ernestina; adiós, Adelaida! allí aparece también Graziella... ¿Qué, soy yo ó no soy yo?... Vamos á ver: los médicos, ¿qué dicen?

Gabinito y Rómulo fallaron que debía acostarse, porque el pulso andaba más que una locomotora. Y al mismo tiempo pensaban uno y otro, ¡ay, si el pensamiento hablara sin el permiso de la voluntad!, pensaban que el demonche de la Sotita no merecía siquiera los honores de arenque con que



la habían investido, sino ser incluída en una categoría inferior de la familia ictiológica.

—¿Te convences? — interpuso misia Loreto, cargadísima ya; — vamos, buenas noches, señores. Allí viene tu padre, Florita... Nada, bromas de ésta...

Y algo bruscamente, con mimos ó velado enojo, consiguió que subiera la chiflada, escoltada de saludos y buenos deseos.

Y ya en la habitación, cerrada que fué la puerta, la señora se expandió á sus anchas acerca de lo que ella juzgaba gravísima transgresión de un mandamiento social, pecado suficiente para condenar al infierno de la crítica á la más pintada, digo, en este caso á la menos pintada; ¡presentarse así ¡y delante de *él*, para que perdiera la postrera ilusión, si es que alguna le quedaba! hiciera lo propio la mejor de las Asnabales, y desmerecería en su físico; ¿cuánto apostamos á que desmerecería? porque la compostura en la persona es como el barniz en un cuadro, que sirve para realzar colores y detalles.

Lo que más duele á misia Loreto, aun hoy que, impenitente, en su desnuda salita de la calle de Río Bamba, repasa, entre el crujir de la seda, los recuerdos de aquellos terribles sucesos, es el tonillo joco-serio que ella y D. Navigio emplearon entonces con la desesperada... Flora, bajo la influencia de otra fase de su crisis, había trocado su alegre humor de la escalera en aplanamiento profundo, y sentada, con la cabeza sobre la almohada, junto al lecho, no contestaba al sermón maternal sino con el estribillo, repetido en voz baja:

—Yo tenía una idea... yo tenía una idea... ¿Para qué he bajado? ¿para qué?

—Para hablar con el Gobernador—apuntó misia Loreto riendo,—y al efecto te has vestido de *doncella menesterosa*... Olvidas que tu padre se ocupa en buscarte trabajo y que, en último caso, buenas agencias de colocaciones hay, que te podrán facilitar algún *conchabo*. Nada, no te preocupes más, y descansa. Si quieres, ahora iré á buscarte la idea perdida, que como no es ninguna



alhaja, por ahí se te habrá caído y ahí se estará en algún rincón... ¡Já, já! lucidos quedamos contigo, hija. Quisiera oír los comentarios de abajo... es decir, no quiero oírlos. Ya me zumban las orejas. ¡Valiente diíta! ¡nuestro gozo en un pozo, y el ridículo por premio de tantas fatigas!... ¿Te duele la cabeza?

Dijo Flora que no, y lo que deseaba era quedar sola para descansar. No quiso desnudarse ni tomar nada, y menos que viniera el médico. Aún insistió la madre, con el atropellado cariño que en ella era característico de su humor, tan pronto agrio como zumbón y apasionado, sobre todo en aquella circunstancia, que vió deshecha su madeja y pulverizados todos sus proyectos; y cuenta que no consintió en retirarse sino por el mucho rogarle de su hija, y que al retirarse la besó y oyó que la decía:

—¡No lo he olvidado, mamá, no lo he olvidado!

¿El qué? sin duda las recomendaciones de que se calmara y se acostase cuanto antes...

Quedó Flora como muerta, aplanada por la fiebre, ó por la idea, ya recobrada, que chispeó al abrazar á su madre. Muchísimo tiempo se estuvo sin dar otra señal de vida que algún suspiro, y suspirando en la obscuridad, escuchó la discreta escapatoria de la mamá; luego, al cabo de dos ó tres horas, el regreso de D. Navigio, el apagado sonar de puertas y de pasos, la doble entrada temerosa en su alcoba, la cansada respiración de misia Loreto, rozándola la cara, el susurro de frases tranquilizadoras, y otra vez los pasos y las puertas sonando débilmente y más fuerte, al través del tabique, el dúo conyugal sempiterno, que estallaba en la soledad, la jeremiada de la situación, examen y resumen lastimosos de algo á que no se ponía remedio, porque ni la voluntad ni el amor propio querían que se pusiera.

Todo se acalló, por último, y allá, transcurridas otras tantas horas, sonaron nuevos pasos en el corredor, los de *él*, ¡tan conocidos! *él*, que se retiraba, ganador ó perdido... ¡Adorado borrachín, querido mama-



rracho! ¡muy buenas noches! descansa en paz, que los pensamientos de la Sotita no revolotearán más sobre tu frente que el vicio hace amarillar y consume, ni te solicitarán hostigados por otros tan mezquinos como los tuyos, y cuando el sol, cansado de ayudar al trabajo sobre la tierra, te despierte y abras tus ojos sin luz, de cerebro sin ideas, lámpara sin aceite, ya la Sotita... ¿dónde estará la Sotita? no se lo preguntes á nadie, que nadie será capaz de responder. ¡Silencio! ¡misterio! ¡Salvador de mentirijillas! siquiera esta noche no se lavotea, se pinta y se compone la Sotita en tu obsequio, ni sufre martirio de coquetería por tus pedacitos... Borrachín, borrachín, ¡descansa en paz!

Suspiró hondamente Flora, y se incorporó cautelosa. La idea magna, inmensa, monstruosa, señoreaba su alma. Deslizóse hasta el suelo, se escurrió con precaución y abrió la ventana... En el escurrirse y en la operación de abrir debió emplear ¡qué sé yo! muchos minutos, por temor

de que la sintieran, y abierta la ventana, echó fuera la cabeza, como tímido molusco, y la metió luego apresurada. Indecisa, miraba por el hueco la masa de la neblina, arrebolada por el globo de luz eléctrica del patio, y oía la voz del mar que la llamaba:

—¡Ven! yo solo, yo solo puedo complacerte; soy el salvador que buscas; el matrimonio y el trabajo te rechazan, y la religión no te ampara porque la flor de tu fe se ha secado, como la de tu juventud y la de tus ilusiones. ¡Ven! ¡yo solo, yo solo soy tu salvador! ¡te recogeré en mis brazos, y en ellos dormirás para siempre, Eva rebelde al fallo divino! te recogeré y muy hondo, muy hondo, allá, en una verde gruta, sobre lecho de musgo, te acostaré, y velarán tu sueño bonitos peces de escamas de oro, de plata y de topacios... ¡Nadie sabrá dónde está la Sotita!... ¡Ven, ven!

—¡Eva rebelde al fallo divino!—repetía el mar,—no esperes nada de los hombres: los hombres corren tras de la belleza y de la



juventud, ó tras del oro, téngale quien le tenga: ¿eres bella? no; ¿eres joven? no; ¿eres rica? no. La fruta que madura y no hay mano que la coja á tiempo, cae del árbol y en tierra se pudre y la comen los gusanos. Has dejado que el tiempo pasara; solterona, buscas un hombre, y el hombre te desprecia: pronto caerás del árbol de la vida... Ven, ven, ¡yo soy tu salvador!

Al bronco acento consolantísimo, respondía el eco:

— Ven, ven, ¡yo solo!

Parada, escuchaba Flora, seguía escuchando. Y la fiebre, como el foco eléctrico del patio, incendió las nieblas de su espíritu, y vió sombras que se destacaban, formas que adquirirían relieve... Vió al fantasma de cristal, cuyo aparato de relojería marchaba, *tic, tac, tic, tac*, sin el péndulo del corazón, acercarse y apoderarse de ella como la otra vez; como la otra vez, sentíase ligada de pies y manos, sin amparo ajeno ni defensa propia, y se abandonaba, dejábase llevar, y, lo que la otra vez no ocurrió, re-

conocía en la cara del fantasma (aunque no es común que los fantasmas la enseñen, sino que la guarden muy entapujada), tan pronto un parecido con D. Navigio, ya con misia Loreto, que algo amenguaba su miedo. Y revuelo va, revuelo viene, ¡paf! caían los dos en el húmedo patinillo de la calle de Río Bamba, y surgían las habitaciones indigentes y los armarios repletos de trapos costosos, lo necesario abolido casi, reducido á la mínima categoría; lo superfluo, abundante é insolente, reinando sobre los despojos de la miseria; la mesa sin pan y el coche á la puerta.

En seguida el deber, hoscoso y duro, la ponía en las manos una escoba, y barre, barre el patinillo; barre, barre toda la casa; y friega y plancha, y guisa y lava. *Tic, tac*, hacía el aparatito consabido: la hora del paseo, la hora del teatro. Y á pasear, á divertirse, culto exterior tiránico y sin tregua. ¿Hasta dónde? ¿hasta cuándo?

Cogíala el fantasma en vilo, y ¡zás! ya estaba en la playa de Marplatina... Sonríe,



Florita; habla, Florita; vístete, píntate, adórnate... ¡Allí está el hombre que buscamos, el hombre necesario, el hombre indispensable! persíguele, Florita, cautívale, asegúrale; si te resiste, te verás perdida; si se te escapa, no tendrás remisión. Y anda, anda detrás del hombre, por aquí, por allí, suplicando, suplicando:

—¡Míreme usted, escúcheme usted, quírame usted! como infeliz mujer que soy, condenada á la debilidad, á la esclavitud y á la infancia perdurable, si usted no me quiere, si usted no me protege, si usted no me sostiene, ¿qué será de mí? ¿quién me dará de comer? ¿quién me vestirá? ¿quién me hará respetar? Mi inteligencia sólo puede ocuparse en frivolidades; mi voluntad, en caprichos; mis manos, en labores propias del sexo; ¡y gracias! sér incompleto, imperfecto, máquina que se mueve al impulso de usted nada más, y como veleta gira del lado que sopla el aire. ¡Por favor, hombre, señor y rey!

Y el hombre, sin hacer caso. Perseguido

de otras mujeres, búrlase de las rivalidades y peleas suyas; es el pan, la holgura, la fuerza y la felicidad de cada una, y se complace en gozar de su tiranía... Como alegre cabalgada pasó entre la neblina la turba de pretendientes desdeñados que ella, Flora, se complació en tiranizar á su vez: Manolo Guerra el primero, luego otro de barbilla de chivo, uno de retorcidos bigotes, dos abogados, tres médicos, cuatro hacendados, un militar, escuadrón masculino deslumbrador, gala de juventud, viril riqueza derrochada, y todos la decían:

—¡Eva rebelde, castigada seas!

Así gritaba *él*, el vengador, confundido entre los demás. Iba borracho, tambaleante, cubierto de lacras, que no eran sino las de su alma villana, y su gesto despreciativo la azotaba la cara como un látigo. Porque no se la vieran ajada *él* y los otros, cubrirla de afeites, una capa sobre otra, de blanco y de rojo, carmín y albayalde en cantidad suficiente para pintar muchas caras y rejuvenecer muchas viejas, y la capa



se agrietaba y reaparecían las arrugas, y más la insultaban Manolo, el chivo, el bigotudo, y *él* con los otros.

Entonces Flora se echó en tierra, como niño que llora y llama á su madre. Estaba en la playa, sentía el soplo del mar, la respiración del monstruo tan cerca, que temblaba mirando al fantasma, su sola compañía, y con las uñas comenzó á descascarar la piel del rostro, acaba y vuelta á empezar, formando en poco tiempo junto á sí un montón de limaduras, como de virutas el carpintero, y en el cuenco de la mano se lavó en seguida, tiñendo el agua de rojo y todo el mar, como de sangre. Luego, aquellos lazos de los pies y de las manos (que ligados los tenía, aunque aparecían libres y dueños de sus movimientos) los desató, los deshizo, los rompió uno á uno, con trabajo inmenso, con dolor á veces, pues eran á manera de esposas que el prolongado ajuste ha encarnado hasta el hueso. Y limpia completamente y en libertad, lanzóse de golpe al mar, sin que el fantasma y los

otros lo evitaran... Libre, se hundía, mecida blandamente en los brazos de aquél, que seguía murmurando:

—Ven, ven, ¡yo solo!

Y como el fantasma de cristal, la conducía muy lejos, allá, á la prometida gruta verde con su lecho de musgo, donde había de acostarla y la darían guardia heraldos con dalmáticas de pedrería; y en lugar de la gruta, aparecía de nuevo la casa de la calle de Río Bamba, y el montón de limaduras se adhería á su piel, y otra vez sentía las esposas ceñirle las carnes.

¡Mar engañoso! ¿tu voz miente también como la de los humanos? ¿no habría, pues, un asilo para ella? Palpitante, esperaba la respuesta del destino. ¿Dónde estaba? no en su casa, ni en la playa; en lo alto de una escalera, larguísima, sin fin, que tocaba por un extremo al cielo y por el otro al mar. Bajando iba, y con traje poco decente, porque el fantasma, *tic, tac, tic, tac*, que venía detrás, y la turbamulta de pretendientes fenecidos, la zaherían en crueles



apartes... ¿Tan indecente era su traje? ¡ah! sí, ¡qué vergüenza! no era de seda, ni llevaba perifollos, ni lo adornaba el oro; también se había puesto otra cara: en el apuro de bajar aquella escalera tan larga, como entre muchos sombreros se coge el ajeno, salió con su cara propia, olvidando la artificial de su uso diario. ¡Qué vergüenza! ¡oh abominación! Aturdida, desesperada, Flora se arrojó nuevamente al agua y se hundió, se hundía cada vez más, y mientras, manoteando, vislumbraba ¡al fin! la verde gruta de su último sueño, escuchaba aún allá arriba, en la atmósfera social, de la que huía, la voz formidable:

—Eva rebelde, ¡castigada seas!

## X

Batistone, el bañero italiano, retiradas ya las casetas buen espacio, con ayuda del manso caballejo, fuera del alcance de la marea, que subía, subía con bramidos ensordecedores; puestas en línea de batalla todas, y hundidas sus ruedas en la arena, cimentos frágiles, pero suficientes para su seguridad, sacó su pipa, la yesca, y al primer golpe hizo brotar la chispa del pedernal... Entre la neblina, espesa como blanca humareda, con sus pantalones y su chaquetón de tela impermeable amarilla, cubierta su cabeza por el apabullado sombrero de ala caída hacia atrás y estrecho borde delantero, remedo de casco que para guerrear con la tempestad gasta el marino, parecía Ba-